

# RENACER SINDICALISTA DEL CAMPO ANDALUZ

**P**OLVORIN de la sociedad española, auténtica santabábara de las reivindicaciones sociales, fermento de las corrientes más radicales de la izquierda histórica, para comprender qué fue el sindicalismo del campo andaluz hay ahora que recurrir a los estudiosos, a Cecilia Marco, a Malefakis, a Antonio María Calero. Si la represión autoritaria y el verticalismo uniformador actuaron implacablemente sobre algo fue sobre las organizaciones sindicales y políticas existentes en el campo andaluz con anterioridad a 1936. La dictadura borró cualquier resto organizativo de la casi omnipresente Confederación Nacional del Trabajo, de la en algunas zonas pujante Federación de Trabajadores de la Tierra, de la Unión General de Trabajadores. Sólo a partir de los últimos años cincuenta, y paralelamente al resurgir de las luchas sindicales en los cinturones industriales de las grandes áreas urbanas, comienzan a ser advertidos en el campo andaluz movimientos obreros (Arahal, Lebrija, La Campana, Posadas, Palma del Río, Sanlúcar de Barrameda, Trebujena, Casas Bermejas, etcétera), sobre los que se cebaría implacablemente la represión. Pero mientras que durante los mejores años de la dictadura fue constante la presencia de los "partidos proletarios" (utilicemos para entendernos una terminología de 1931) en el campo andaluz, puede decirse que el movimiento obrero que se fraguaba en las áreas urbanas e industriales no tuvo una correspondencia rural. Ahora parece que el panorama comienza a clarearse y que se apuntan las líneas maestras de lo que será el futuro del campo andaluz.

## El campo tras el franquismo

Evidentemente, el campo andaluz de 1976 no es el que describía Díaz del Moral en las "Agitaciones campesinas andaluzas", ni el que vivió en la Segunda República la esperanza truncada de la reforma agraria, ni el que apoyó al Gobierno constitucional con escopetas de pistón y de postas tras la sublevación andaluza de Queipo de Llano, que precedería a las depuraciones y la emigración del campesino y la clase trabajadora agrícola. Aunque los supuestos sociales han cambiado, los problemas económicos del campo andaluz siguen en pie: la doble lacra estructural del latifun-

dio (digamos en las provincias occidentales) y del minifundio (digamos en las provincias orientales); los problemas del regadío, la inseguridad de los cultivos ante una falta de perspectivas a largo plazo en la política agraria del Gobierno, la inestabilidad en el empleo, las escasas posibilidades de equipamiento urbano y de accesos a los bienes de la cultura que se ofrecen a quienes permanecen en los pueblos, etcétera. El Estado resultante de la guerra civil intentó a su ma-

De otro lado, puesto todo el énfasis gubernamental en la industria y los servicios, el campo se ha descapitalizado, en gran parte, incluso ha sido abandonado por la propia clase dominante, que ha preferido vender las fincas, abandonar los modos de vida señoriales y acudir a intentar ser protagonistas en el espectáculo social de la ciudad, con el prestigio aristocrático que siempre ha dado en nuestro país una antigua posesión familiar de la tierra. Y si los señores abandonaron el

trabajadores, dominantes y dominados— abandonaron el campo a su propia suerte. Mientras los López del Plan de Desarrollo empezaban a jactarse de que España fuera ya un país preindustrial, los editoriales de la Prensa del Movimiento comenzaban a ocultar la gran verdad: España había dejado de ser un país eminentemente agrario, o, en otras palabras, estaba siendo abandonado un pilar fundamental de la economía nacional.

## El campo sigue existiendo

Y aunque incluso a los que contemplamos el país con una óptica de izquierda todos los ojos se nos vayan en fijarnos en la situación laboral del Bajo Llobregat, la verdad es que el campo andaluz sigue estando ahí y seguirá estándolo—con su panoplia de problemas irredentos— aun después de que haya sido conquistada la libertad. Nadie nos ha explicado todavía si la emigración obrera y el abandono patronal se operó porque había muchos para repartir o muy poco para ser repartido. Polvorín, santabábara, el campo andaluz tiene en pie unos problemas cuya solución esbozó la Segunda República, solución que no pudo llevarse a cabo tras la congelación del Bienio Negro y el anago en bandos de guerra de los pla-

nera una reforma agraria edulcorada en el campo andaluz de la que nadie—como ha señalado recientemente el agricultor jerezano y líder de la derecha democrática andaluza, Gabriel Navarro Rincón— ha presentado hasta ahora las cuentas; quizá nunca sepamos qué nos ha costado a los contribuyentes y a los trabajadores del campo la gran fantasía tecnocrática en el campo andaluz: los regadíos, las zonas de colonización, los "poblados-modelos", las tímidas expropiaciones, las aventuras agrarias del INI, las concentraciones parcelarias, los cultivos primados, el abandono del olivar, los silos-escoriales del Servicio Nacional de un trigo que cada vez se sembraba menos, etcétera.

## Antonio Burgos



Andalucía es todavía la tierra de España con mayor porcentaje de jornaleros del campo.



Para financiar el Congreso Sindical de los trabajadores del campo andaluz, las Comisiones de Jornaleros comienzan a vender a 25 pesetas estos bonos, de los que han hecho una tirada de veinte mil ejemplares.

nes económicos del Frente Popular. Al final del nuevo Estado, los problemas siguen ahí.

Claro que estas cuestiones no las plantean en esta hora más que aquellos que —por decirlo en andaluz— saben lo que cuesta un peine. La patronal del campo andaluz demasiado tiene con ocultar las corrupciones administrativas de los últimos cuarenta años y con tratar de ponerse el salvavidas a la vista de un equilibrio que se les cuarte por días. Estas cuestiones no las plantean, evidentemente, más que los trabajadores del campo, que son una cosa muy distinta al señor Lample Operé, que durante cuarenta años ha pasado por culpa de las teletransmisiones en directo desde las Cortes Españolas por ser el prototipo con chaqueta y corbata de lo que el Régimen llamó con el lenguaje de Solís los hombres del campo y con la retórica jonsista de Girón los productores de las tierras de España. Para los obreros del campo andaluz, como para todos los trabajadores españoles, hay un objetivo inmediato, que es la conquista de la libertad política y sindical, de la democracia. Pero para que la lucha por la libertad hoy no se convierta mañana en la frustración de los problemas irredentos, ya empiezan a apuntar soluciones.

Y frente al vacío en que la represión dejó al campo, al borrar —y ya sabemos cómo— la CNT y la FTT, en estas semanas se observa un renacer sindicalista en los pueblos de Andalucía. En la acción de los líderes se ve la vieja fuerza de la tierra, un sentimiento que quizá sólo podrán comprender quienes se hallan muy familiarizados en el conocimiento de las agitaciones campesinas del XIX y de antes del 36: "La lucha no tiene que ser tanto por seguir en el campo como por seguir en los pueblos, porque en el campo somos muchos", manifestaba hace

unos días en Sevilla Miguel Manante Humanes, dirigente de las Comisiones de Jornaleros de El Arahal. Por su parte, Gonzalo Sánchez, dirigente de dicho movimiento en Lebrija y Ildir hoy por hoy del sindicalismo agrario andaluz, decía: "La única solución para los problemas del campo es la alternativa sindical y hacer cuanto antes una reforma agraria. La industrialización de Andalucía ha pasado a la historia dentro del sistema capitalista y tenemos que buscar soluciones técnicas al campo".

Junto con otros compañeros, Miguel y Gonzalo presentaban el documento "A todos los trabajadores del campo de Andalucía", por el que se hace la convocatoria del Congreso Sindical de los Obreros del Campo Andaluz, que esperan poder celebrar en septiembre. Elegidos en Antequera el pasado 1 de agosto para una Comisión Delegada de la Asamblea de Jornaleros de Andalucía, compuesta por doce miembros, estos jornaleros se sienten —y así lo han manifestado implícitamente— dentro del Movimiento Obrero de Comisiones. Pero han optado por una solución que les lleve a la constitución de un sindicato en el más breve plazo: "A los jornaleros, como a toda la clase obrera, —dicen en la convocatoria— nos interesa estar unidos para luchar contra la explotación. Por eso necesitamos la unidad sindical, aspiramos a un Sindicato Único, a una Central Única de todos los trabajadores del Estado Español". Tras explicar este Sindicato como de clase, unitario, independiente, autónomo y democrático, insta a los trabajadores a convocar asambleas en las que se elijan delegados para el Congreso Constituyente del Sindicato de los Obreros del Campo, asambleas que se están celebrando en estos días a pesar de la residual resistencia del poder

### Obreros... tres meses al año

Explicando la celebración del Congreso, los miembros de la Comisión hicieron en Sevilla una dramática descripción de las condiciones de empleo en el campo, quizá más inhumana que las condiciones de trabajo. "Aunque aquello es el Marco de Jerez —decía Gonzalo Sánchez— y allí los jornales son más altos, de mil cien pesetas al día, la verdad es que en Lebrija este año no se habrán echado jornales por más de tres meses". Unos tres meses de trabajo al año era la media de estabilidad en el trabajo que daban todos los representantes de las provincias andaluzas para una masa de jornaleros que el Instituto Nacional de Estadística estima en 454.000, pero que ellos cifran en cerca de ochocientos mil braceros, sobre una población total andaluza aproximada de siete millones de personas, braceros a los que habría que sumar los pequeños

propietarios que no pueden vivir con el producto de su parcela y que han de echar jornales por cuenta ajena. En el llamamiento se recoge este sombrío panorama, en el que a pesar de la emigración y del desarrollismo parece que está uno todavía leyendo el Díaz del Moral: "Tenemos muy claro que este Gobierno, como todos los que le sucedan sin ser elegidos libremente por el pueblo no va a resolver nuestra catastrófica situación, que se resume en: el agobiante paro, el no tener un seguro de desempleo que nos permita subsistir, la eventualidad, el destajo, la emigración y las indignantes condiciones de vida en que nos encontramos, todo, además, agravado por una crisis económica de la que no tenemos culpa alguna y que una vez más se quiere descargar sobre nuestras espaldas". Como alternativa y como plataforma mínima para el futuro programa del Sindicato del Campo Andaluz, la Comisión Delegada formula frente a este panorama las siguientes reivindicaciones: seguro de desempleo durante todo el tiempo en que no haya trabajo en los pueblos (ya hemos dicho que en muchas zonas no hay más de noventa días de jornal al año, dados los cultivos y las condiciones climatológicas); entrega a los jornaleros de las tierras mal cultivadas o sin cultivar, concediéndoles créditos a largo plazo y bajo interés para ponerlas en explotación; convenios colectivos en todas las campañas (aceitunas, algodón, remolacha, etc.), con un salario mínimo de 1.000 pesetas, cuarenta horas semanales, para acabar así con los destajos; jubilación a los sesenta años; poner fin a la discriminación por la edad o el sexo y aplicación del principio "a igual trabajo, igual salario"; y Seguridad Social por cuenta del Estado.

Este Congreso está fundamentalmente impulsado por las Comisiones de Jornaleros, implantadas ya en ochenta pueblos de Andalucía, organización que algunos identifican como la sindical agraria del Partido del Trabajo de España. Salga el Congreso adelante o no, la verdad es que sobre los nuevos supuestos políticos, sociales y económicos, en el campo andaluz se empieza a operar todo un renacer sindicalista. Tan veteranas en la lucha como las Comisiones de Jornaleros y colaborando con ellas en muchas zonas a favor del Congreso están las Comisiones de Campesinos, que agrupan fundamentalmente a los pequeños propietarios de parcelas que ellos mismos cultivan; pero en líneas generales las Comisiones de Campesinos no están por una inmediata opción sindical, según la tendencia mayoritaria de la Asamblea de Barcelona de Comisiones Obreras, movimiento con el que muchos las identifican como homóloga agraria. También anteriores al 20 de noviembre funcio-

nan en el campo andaluz las Comisiones Obreras del Campo, cuya nota distintiva es el carácter intergremial, en las que militan diversos sectores de la clase trabajadora de un pueblo: obreros del campo, pequeños propietarios, obreros de la construcción, de la rudimentaria industrial local, etc. ¿Y las dos antiguas sindicales preponderantes en el campo andaluz antes de 1936? No puede decirse que el franquismo acabara totalmente con ellas. Viejos luchadores de la CNT mantuvieron la llama de la Confederación, que recibió algunas ayudas tan cruciales como la de la duquesa de Medinaceli, que más de una vez les ofreció su palacio de Sanlúcar de Barrameda para celebrar asambleas y comités de huelgas en los años de la represión. Aunque débilmente implantada en los trabajadores agrícolas, la CNT está presente a través de Federaciones Locales en dieciocho pueblos de Andalucía, como el propio Sanlúcar, Algeciras, etc. Finalmente, con fuerza pujante, parece que en estos días se está asistiendo a la recomposición de la en otro tiempo poderosa Federación de Trabajadores de la Tierra, de la Unión General de Trabajadores.

Trazado este nuevo panorama sindicalista del campo andaluz quizá destaque sobre todo la organización de las Comisiones —en las tres organizaciones que llevan este nombre— frente a las sindicales tradicionales como la UGT o la CNT. En otras palabras: el campo andaluz, que era fundamentalmente anarquista y socialista en 1936, se ha hecho comunista y en el plano de los partidos muestra su adhesión al Partido Comunista de España, al Partido del Trabajo de España, a la Organización Revolucionaria de Trabajadores e incluso a la Organización Comunista de España, Bandera Roja. Todos los actuales líderes manifiestan una admiración casi mística y un respeto reverencial por los viejos luchadores anarquistas de la CNT, muchos de los cuales —los que sobrevivieron a la sublevación, a la guerra, al maquis y a la cárcel— les animan en sus acciones y les recuerdan lejanas colectivizaciones en Aragón o en Jaén defendidas por los batallones libertarios. Cuando el día de mañana los que leyeron a Malefakis, a Cecilia Marco o a Antonio María Calero se pregunten dónde está hoy la antigua fuerza revolucionaria de la CNT en el campo andaluz, quizá tenga que fijarse en hombres como este lebrijano Gonzalo Sánchez, un obrero del campo militante de las Comisiones de Jornaleros en quien se ve carne de viejo luchador del Marco de Jerez, como si una tarde en Cádiz hubiera sido convencido de la idea por Fermín Salvoechea: "Nos sentimos herederos del anarquismo andaluz. Hemos cogido la bandera que por culpa de la dictadura fascista dejó la CNT". ■ A. B.